

La muerte de Brindis de Salas

Aventuras de un artista bohemio



El célebre violinista Claudio Brindis, barón de Salas, á la edad de 28 años, con su violín «Stradivarius» y la condecoración del «Aguila Negra»

—¡Hola! ¡Hablo con la Asistencia Pública?

—Sí, señor. ¡Y yo!

—Con la fonda y posada «Ai re dei vini», del Paseo de Julio, 294. Sirvase mandar una ambulancia á recoger un enfermo grave. Es un negro atorrontado que se está muriendo.



La ambulancia fué. Regresó trayendo al infeliz. Se le acostó en una cama para examinarle. Era un negro. Dos enfermeros comenzaron á quitarle el traje. Tenía el saco y los pantalones, sucios y descosidos. Los botines rotos. Las prendas interiores eran... ¡Qué pena! ¡Qué asco! Daba pena y asco, en verdad, toda aquella miseria. La camisa, inmunda. Y debajo, en vez de camiseta, un corsé masculino, con ballenas. Un corsé parecido al que usan las mujeres. ¡Pe-

*Al Luz divinos ojos!
Compuega 12-1901
de Claudio Brindis de Salas*

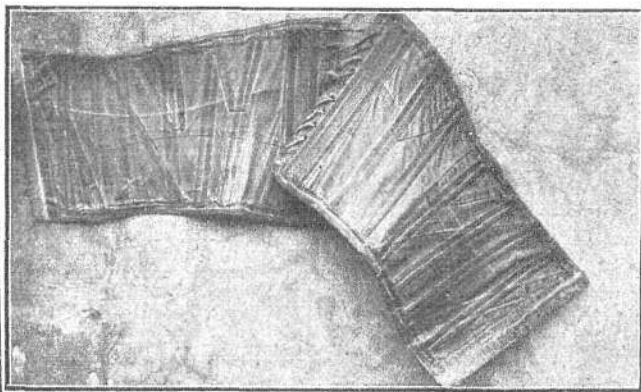
Fotografía tomada en Buenos Aires, á los 38 años, con la dedicatoria autógrafa enviada á una dama argentina



En el depósito de cadáveres. — Después de tanta gloria, Brindis de Salas fué recogido moribundo en una fonda del Paseo de Julio, falleciendo el 1.º de junio



La muerte



El corsé que, á pesar de su miseria, llevaba puesto Brindis de Salas al ser recogido por la Asistencia

Brindis *Boya 98*
para el
señor
4/11/00
al Sr. Brindis
Amoroso y noble
elemento de la
causa
de
la
libertad
de
la
América
Latina
que
se
ha
conquistado
al
precio
de
la
vida
de
los
héroes
de
la
libertad
de
la
América
Latina
que
se
ha
conquistado
al
precio
de
la
vida
de
los
héroes
de
la
libertad
de
la
América
Latina

*Yo no haria nada de ocupar
 le de una Visa Bohemina
 que conzistiera en viajar con
 un amigo, y acompañarme en
 el Stiam
 O lo hago y compro
 mis de Inglaterra espina
 de la con Proceder o
 con Arbitra, hasta mi
 llegada
 Muchas gracias
 Y muy atentamente
 D. Pedro Candi
 con un recibo al Sr. Brindis*

ro, qué sucio!
 — ¿Quién será este hombre?
 — Un atorante, sin duda.
 — Aquí, en este bolsillo, tiene algunos papeles. Hay un pasaje. El programa de un concierto en Ronda. Una tarjeta. Un pasaporte... ¿Qué dicen?
 — “Caballero de Brindis, barón de Salas”.
 ;Oh! ¡Es el célebre violinista Brindis de Salas!...
 Al oírse nombrar el moribundo tuvo un segundo de lucidez. Abrió los ojos. Y dijo:
 — Si, soy Brindis de Salas. Pero me muero...
 Después cerró los ojos. Empezó á agonizar. Y lentamente, tranquilamente, se fué quedando frío. Duro. Yerto. ¡Muerto!... En una carnicería de Garniercira llevaron su cadáver al depósito de la Asistencia Pública. Allí lo tiraron, junto á un joven suicida y á un viejo ladrón á quien un compañero matara de un balazo. Así lo encontré yo. Sobre el cadáver habían puesto su ropa y su corsé mugriento. Ese corsé era el último reflejo de la vanidad del pobre negro...
 La historia de este lírico bohemio se pareció en nuestra ciudad...
 Llegó de Europa en el vapor “Satrústegui”. ¿A qué vino? Se ignora... Después de haber sido casi millonario; después de haber vivido la vida de un monarca; después de haber hecho temblar el corazón de las mujeres; después de haber paseado por el mundo su alma que era un violín; después de tanto amor, de tanto fuego, de tanto sol, de tanta melodía, de tanta gloria y de tanto laurel, cayó al fin, destrozado. Viejo, pobre, sucio, negro, tísico y solo... ¡Solo! ¡Solo! ¡Solo! Ni siquiera tuvo en el momento de morir, el consuelo de abrazar el violín que lo hizo célebre...
 Juzgar á Brindis de Salas, es tarea muy fácil. No era un genio. Tampoco era un talento. Fué un violinista genial porque era negro... Era, sencillamente, un hombre. Un hombre que soñaba. Iba por el mundo con las alas abiertas. Se embriagaba de sí mismo. En la copa de su orgullo, se bebió de un trago todo su porvenir. Su muerte miserable fué el último tumbo de su embriaguez. Hay mujeres que al mirarse al espejo, se emborrachán, — vestidas ó desnudas, — con su propia belleza. Brindis de Salas oía la voz de su propio violín, y se mareaba con las armonías que él mismo se arrancaba del espíritu... Hallábase siempre borracho de gloria... No tocaba sino cuando quería. Su vanidad necesitaba el humo del aplauso. Por eso odiaba y amaba las ovaciones. Alto, varonil, esbelto, garboso, Brindis era bello. Mi abuela decía de él: “Parece un hombre rubio, tallado en ébano...” En el proscenio, con su violín, era un ímán. Sus ojos relampagueaban. Movía el arco con una destreza admirable. Dominaba y manejaba todas las “poses”. Era un D’Anunzio del frac, de las corbatas y de los cuellos. Como intérprete era incorrecto, en el sentido de que no siempre respetaba las obras. Conocía las debilidades del público. Era efectista. Arrancaba el entusiasmo á trirones. Pero su fogosidad dominaba. Subyugaba. Ataba... Leo Mirau, viejo periodista alemán, fué el primer secretario que tuvo Brindis en Buenos Aires. Me ha suministrado datos curiosos. Brindis llegó aquí muy pobre. Con Mirau fué á ver á Oñrubia, quien sólo le ofreció cien pesos por concierto. No aceptó... El inolvidable Prexas, — entonces crítico de “La Nación”, — llevólo á casa del general Mitre. Allí Brindis tocó diez minutos ante un buen auditorio. Hizo maravillas. No habló una palabra. Tocó. Saludó. Y se fué... Era su táctica. Al día siguiente, Prexas publicó un artículo lleno de entusiasmo. Entonces Oñrubia le ofreció por audición mil pesos. Era la fortuna... Ya enriquecido se fué de nuevo á Europa. Estaba casado allá con una señora de la nobleza alemana, rubia y muy hermosa. Vive todavía en Berlín. Allí viven también los tres hijos de Brindis. Los tres son rubios. Son violinistas de cámara del emperador. Están ricos. Una hija natural, — negra, — debe estar en Buenos Aires. No se la encuentra... Brindis nació en Cuba. Pero, se naturalizó alemán, aunque en el pasaporte hallado en su bolsillo consta que es prusiano... Hablaba siete idiomas. El emperador de Alemania le condecoró con la “Cruz del Águila Negra”. Nació el 4 de agosto de 1852. Su padre, Claudio Brindis, era un músico célebre. Como él, era cubano y negro. Fué como él, muy rico. Murió como él, muy pobre. Y ciego... En Buenos Aires la popularidad de Brindis era enorme. Una bella dama porteña enamoróse de él. El negro le envió desde Cienfuegos un retrato que decía: “A tus divinos ojos”. El día del entierro, — un entierro triste de poeta condenado á sufrir la ironía de las cosas humanas, — la dama fué al cementerio y echó sobre la tumba del artista un puñado de rosas... Alguien cree que Brindis ha muerto envenenado. Su muerte es misteriosa...

Carta inédita de Brindis, dirigida desde Berlín al primer empresario que lo trajo á Buenos Aires, señor Leo Mirau, que actualmente es dueño de una imprenta y librería



El violín que usó en Buenos Aires y con el cual obsequió al señor Pedro Candi cuando le regalaron el «Stradivarius»



El cónsul de Cuba, señor Campuzano, el tenor Florencio Constantino, el señor Mauroso y un grupo de compatriotas y admiradores, al inhumarse los restos del pobre negro